

DISCURSO DE LA SRA. LUZ MARÍA REYES SANTELICES COMO DIRECTORA DE LA ESCUELA DE DERECHO, EN CEREMONIA DE DESPEDIDA ORGANIZADA POR LA ESCUELA DE DERECHO. 8 DE MARZO DE 2001

Son éstas las últimas palabras que pronuncio como Directora de la Escuela de Derecho de la Universidad Católica del Norte. Me ha sido muy difícil esbozarlas ya que cada vez que intenté escribir algo se agolparon en forma irreprimible los recuerdos, las vivencias, los proyectos inconclusos, y hasta las lágrimas.

Recordaba cuantas veces durante los últimos ocho años, subí a este estrado para hablar del ayer, el hoy y el mañana de esta obra que la Universidad Católica del Norte puso en mis manos en diciembre de 1991, cuando tan solo existía la idea de crear una Escuela de Derecho en la Sede Coquimbo.

Y pensé que en una ocasión como ésta no me corresponde hablar del ayer, porque Uds. han sido partícipes de lo acontecido y lo conocen bien. He preferido encerrarlo en un precioso cofre de recuerdos que llevaré por siempre conmigo. Tampoco hablaré del mañana, porque el mañana de nuestra Escuela de Derecho es de Uds. y el mío lo he entregado a los designios de Dios.

Así, decido centrarme en el hoy, un momento difícil para mí.

Recuerdo que en la inauguración del primer año académico en 1993 inicié mi intervención con estas palabras: "Con alegría, con optimismo y con profundo sentido de responsabilidad queremos compartir con la comunidad de la IV Región Coquimbo el enorme desafío que constituye para la Universidad Católica del Norte impartir la tradicional y centenaria carrera de la abogacía". Las repetí con ocasión de la Ceremonia de celebración del quinto aniversario de la Escuela, que en ese momento entregaba a la sociedad sus primeros catorce egresados.

Esta tarde las pronuncio por última vez: Con alegría, con optimismo y con profundo sentido de responsabilidad, me alejo de esta Escuela de Derecho que es hija de mi afán, la obra maestra de mi vida profesional, que como tal, ha sido mi razón de existir durante estos últimos ocho años.

Me alejo con alegría de la Escuela de Derecho.

Porque veo cumplidos los sueños fundacionales y por ello quiero dar gracias a quienes han hecho posible la existencia de esta Escuela de Derecho y su sostenido crecimiento.

Quiero dar gracias a Dios por haber otorgado a las autoridades universitarias la iluminación necesaria para decidir la apertura de esta Escuela de Derecho. Quiero dar gracias a Dios por haber puesto en mi camino esta maravillosa posibilidad de servir a la misión de la Universidad Católica del Norte y por haber guiado mis pasos por el sendero del acierto.

Al señor Juan Music Tomicic por su decisión como Rector de dar vida en 1992 a esta obra universitaria y por haberme brindado durante estos años su más irrestricta confianza. Y a quienes eran a la sazón Vicerrector y Secretario de Sede, los académicos Mario Edding y Alfonso Silva, quienes impulsaron entusiastamente el proyecto de creación de la Escuela de Derecho.

A los antiguos abogados de esta jurisdicción que dejando de lado legítimas aprehensiones respaldaron nuestro esfuerzo. Aun corriendo el riesgo de caer en omisiones quisiera nombrar a Renán Fuentealba, Jose Pavisic, Hector Carreño Latorre, Federico Pizarro, Isabella Ancarola, Guillermo Scantelbury, Sergio Glasinovic, Raúl Parga, Luz Alvarez, Raúl Salamanca, Alfredo Azancot.

A la Ilustrísima Corte de Apelaciones de La Serena, el Colegio de Abogados, la Asociación de Magistrados, el Círculo de Mujeres Abogados, la Facultad de Derecho de la Pontificia Universidad Católica de Chile, el Ministerio Público, La Corporación de Asistencia Judicial, el Instituto Chileno de Derecho Procesal, el Instituto de Estudios Internacionales, la Sociedad Chilena de Derecho del Trabajo, el Instituto de Estudios Judiciales, la Academia Judicial.

Al actual Consejo de Escuela y a quienes integraron este estamento en tiempos pretéritos.

A los 41 prestigiosos abogados que han comprometido su esfuerzo en las actividades docentes para el presente año, hoy pilares fundamentales y sólidos en que se sustenta el futuro de esta Escuela de Derecho y también a quienes por razones personales se encuentran transitoriamente alejados de la docencia.

En especial a los 17 profesores que han publicado en nuestra Revista de Derecho, los 4 que han realizado proyectos de apoyo a la docencia, los 2 que han desarrollado proyectos de investigación y los 6 que han representado a nuestra Escuela en Universidades extranjeras.

A los 86 invitados nacionales y 22 extranjeros que han visitado nuestra Escuela.

A los 632 alumnos que ha recibido la Escuela desde su creación, a los 73 que ingresarán el próximo lunes y a los 6 alumnos extranjeros que hemos recibido y los 4 que vendrán en abril.

A nuestros 103 egresados, 21 licenciados y 9 abogados. Y en especial a quienes ingresaron en 1993, confiriendo a la Escuela de Derecho la impronta estudiantil que conserva hasta hoy.

A quien en marzo de 1993 compró el primer material de oficina y también tazas para que los profesores pudieran compartir un café antes de las clases, mi eficiente y leal colaboradora Myriam Milner. Y a don Alfredo Plaza que nos ha mantenido desde 1993 césped y flores en nuestro entorno.

Y en forma muy especial a todos los que me comprendieron cuando debí ser roca y a quienes me agradecieron cuando pude ser manantial.

Me parece también de la mayor justicia, mencionar a algunas personas, que durante estos años, desde un discreto anonimato, me permitieron entregarme por entero a esta obra y recoger hoy el fruto de mi empeño.

Gracias a mis padres. A Raúl Reyes porque fue mi modelo y ejemplo de laboriosidad, rigorismo y honestidad. Y a Lucía Santelices por haberme preparado tan inteligentemente para enfrentar en la mejor forma el enorme desafío, que el último tercio del pasado siglo XX, impuso a la mujer de mi generación.

A José San Francisco, con quien he compartido mi vida desde mis 19 años, por su gran amor y su apoyo incondicional, primero para que me recibiera de abogado y más adelante para realizarme profesionalmente.

A José Pablo, Alejandro, Ignacio y Sebastián por haber sabido aceptar sin quejas ni exigencias a la madre ausente- profesional destacada, y por alentarme en los momentos difíciles con sus inteligentes observaciones y consejos y su inestimable cercanía.

A María Luisa, Catalina, Andrea y María Fernanda, por amar a mis hijos y hacerlos felices.

Me alejo con optimismo de la Escuela de Derecho.

Porque una comunidad universitaria de profesores, alumnos, ex alumnos y administrativos como la nuestra, es garante natural de un mañana promisorio y exitoso para esta obra universitaria.

Al conocer en estos últimos días la inquietud de tantas personas sobre el futuro de la Escuela de Derecho les he manifestado mi gran confianza en nuestra comunidad de maestros y alumnos: en el trabajo compartido, en el diálogo abierto y respetuoso, en el mutuo dar y recibir conocimientos y estímulos, en la búsqueda común de la verdad, en la recta conciencia moral de todos, en su capacidad de vivir plenamente el valor de

la solidaridad y en la participación de cada cual, según sus capacidades y responsabilidades, en las tareas de la labor universitaria.

Hoy más que nunca cobran fuerza estas palabras de la Constitución Apostólica del Sumo Pontífice Juan Pablo II sobre las Universidades Católicas:

"La Universidad Católica persigue sus propios objetivos también mediante el esfuerzo por formar una comunidad académica auténticamente humana, animada por el espíritu de Cristo. La fuente de su unidad deriva de su común consagración a la verdad, de la idéntica visión de la dignidad humana y en último análisis de la persona y del mensaje de Cristo, que da a la institución su carácter distintivo. Como resultado de este planteamiento, la comunidad universitaria está animada por un espíritu de libertad y de caridad, y está caracterizada por el respeto recíproco, por el diálogo sincero y por la tutela de los derechos de cada uno. Ayuda a todos sus miembros a alcanzar su plenitud como personas humanas. Cada miembro de la comunidad, a su vez, coadyuva para promover la unidad y contribuye, según su propia responsabilidad y capacidad, en las decisiones que tocan a la comunidad misma, así como a mantener y reforzar el carácter católico de la institución."

Y Juan de Dios Vial Correa en su "Sentido y significado de las Universidad Católicas para Chile" explica que Comunidad significa que se tiene algún bien en común, y estrictamente, que se tiene en común algún bien que es al mismo tiempo un encargo a cumplir."

Cada clase bien hecha, bien preparada, realizada en interacción con los alumnos es un ejercicio de búsqueda de la verdad. Ella exige seriedad en el estudio, humildad, veracidad de profesores y estudiantes, cierta abnegación por amor a la verdad. Ama el que prefiere. Amar la verdad es preferirla. Y sabemos lo difícil que eso resulta a veces y sin embargo, hemos comprobado cómo puede llegar a ser una fuente inagotable de alegría.

La comunidad se constituye con seriedad, con entrega a la tarea común, respetando los derechos de todos y aceptando la conducción de quienes están llamados a ello, porque no hay comunidad humana sin autoridad.

Esta tarde, entrego el cargo a la secretaria académica de la Escuela de Derecho. Elvira Badilla será nombrada a contar del lunes en calidad de Directora interina; Uds. saben que ha sido para mí, desde 1995, una gran colaboradora y amiga; les pido para ella la mayor contribución y apoyo para que ni por un solo instante se diga que nuestra comunidad universitaria carece de una autoridad firme y calificada que la conduzca.

Me alejo de la Escuela de Derecho con profundo sentido de responsabilidad.

Quiero decirles que los dejo no porque no los quiera ni porque vaya en busca de otros afectos. Hoy los quiero más que nunca.

Estimados amigos profesores, queridísimos alumnos y ex alumnos: No es necesario forzar analogías.

Una madre responsable suelta en algún momento la mano de su hijo para permitirle descubrir por sí solo los caminos de la existencia. Al hacerlo se le destroza el alma, pero le brinda tranquilidad el haber sabido transmitirle valores y principios sólidos, haberle enseñado a cuidarse, a valerse por sí mismo.

En mi matinal recorrido por la Escuela, he visto como unas endeble varillas que plantamos al llegar a este Campus se han convertido ya en floridos granados, hibiscos, laureles y retamos, y expresan, a través de alegres colores el paso inexorable del tiempo, y con ello la madurez de nuestro proyecto académico.

Al escribir cada una de estas líneas he sentido muy fuerte la abrumadora distancia que hay entre lo que somos y lo que deberíamos ser. Muchas veces me he sentido sepultada en preocupaciones cotidianas, mis buenas ideas e intenciones no siempre pasaron a los hechos, en ocasiones mis actos han estado contaminados por debilidades propias de la naturaleza humana.

Y cito de nuevo a Vial Correa: "En el diálogo sobre lo que deberíamos ser y tal vez no somos, se debe aclarar para todos, lo que deberíamos hacer y tal vez no hacemos".

Esta mañana, en una última decisión como Directora de esta Escuela de Derecho, me he permitido plantar dos pequeñas bouganvillias como símbolos de lo que será la nueva etapa que inicia esta unidad académica: fuerte, expansiva, vigorosa, perdurable. Y al recorrer los jardines por vez postrera he pensado que la consolidación de nuestra obra vendrá recién cuando las hermosas vilcas plantadas al inaugurar este edificio, en lo que intenta ser una plazuela para el recreo de los alumnos, puedan brindarles a ellos la generosa sombra que son capaces de dar sólo después de muchísimos años.

Quisiera recordarles lo que decía, en uno de los juicios más importantes de la historia, el sabio Sócrates, haciendo de abogado de su propia causa: "La más bella y fácil liberación consiste, no en amordazar a los hombres, sino en hacer de sí mismo, el mejor hombre posible".

Queridísimos integrantes de esta maravillosa comunidad universitaria:

La tarea está dada; les corresponde a todos Uds. hacer de sí mismos los mejores hombres y las mejores mujeres que sea posible y trabajar unidos, junto a quien me

suceda en el cargo, incesantemente, por una gran Facultad de Derecho en este Campus Guayacán de la Universidad Católica del Norte. Y por un Chile mejor, y una región de Coquimbo más próspera, porque sus ex alumnos harán de su profesión un apostolado de servicio y se han formado para vivir en la justicia y en la paz.

Para lograrlo, como inspiración, pienso que nada mejor que Blanco Belmonte, que en El Sembrador nos dice:

"Hay que ser cual abejas que en la colmena
fabrican para todos dulces panales,
hay que ser como el agua que va serena
brindando al mundo entero frescos raudales.
Hay que ser como el viento que siembra flores,
Lo mismo en la montaña que en la llanura,
Hay que vivir la vida sembrando amores
Con la vista y el alma siempre en la altura.
Dijo el loco y con onda melancolía
Por las breñas del monte siguió trepando,
Y al perderse en las sombras aun repetía:
¡Hay que vivir sembrando, siempre sembrando!"